

LUIS C. FUENTEALBA WEBER

ASPECTOS DE LA REALIDAD SOCIAL DE LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA

UN ENFOQUE sociológico de una nación resulta siempre una tarea asaz difícil. Casi quisiéramos decir imposible de realizar para una sola persona. La complejidad de los condicionantes del desarrollo de la sociedad; las variables que surgen de las interrelaciones y que, a su vez, sirven de factores en la organización y estructuración de los múltiples modelos de acuerdo con los cuales actúan los grupos; las lejanas determinantes que pusieron en marcha lo que habría de constituir una nación y que suelen pesar aun en el presente; los comportamientos conflictivos sean de grupos o de clases, económicos o sociales; las fluctuaciones de la opinión; las estereotipias, generalmente difíciles de observar; la cantidad variable de valores y las escalas fluctuantes de los mismos; en una palabra, la amalgama heterogénea, a la par que homogénea, multidimensional, a la vez que unitaria de la realidad social de una nación presentan obstáculos poco menos que insalvables para un análisis profundo del grupo social.

Pero estos considerandos que seguramente no han de merecer discusión, se acentúan cuando el estudio apunta a los Estados Unidos de Norteamérica. La composición política, la configuración geográfica, la evolución y formación de los diversos estratos sociales y, probablemente, las migraciones venidas de diferentes centros con características propias han hecho de esta nación un conglomerado de distintas naciones que, si bien se presentan hacia el exterior como una unidad, son, miradas desde dentro, tal como se ha afirmado, distintas naciones.

De aquí que solamente se hayan elegido algunos ángulos y objetos bien específicos, no para hacer un análisis exhaustivo, sino para delinear ciertos aspectos que nos parecieron interesantes y que pueden servir como una aproximación a la realidad social norteamericana. No podríamos dejar de decir que, este esbozo no quiere ser, en

modo alguno, el trasunto de un estudio objetivo, científico y acabado. Su intención es mucho más modesta. Se limita únicamente a indicar dos o tres puntos dentro de los diversos aspectos enfocados y que pueden llamar la atención de una persona que vive durante algún tiempo en Estados Unidos de Norteamérica, que ha logrado conocer relativamente bien dos estados: California y New York y que, además, tuvo la oportunidad de viajar por el norte del país deteniéndose en algunas ciudades como Saettle, Minneápolis, Chicago, Buffalo y Washington.

Parece útil agregar que, al igual que para toda persona que entra en contacto con una nueva forma cultural, hubo para nosotros la vivencia de una situación interesante: el experimentar lo que bien podría denominarse un "choque cultural". En un comienzo se advierte una perturbación de la capacidad de observar, lo que parece deberse a un desconcierto ante el nuevo panorama social. Es una especie de admiración ante lo que todavía no se conoce. Mas, al poco tiempo, empiezan a notarse algunas diferencias entre lo que se dejó y lo que ofrece la nación que nos acoge; es como que si de repente uno se diera cuenta de que las cosas no se realizan a la manera como se hacen en el terruño nuestro. En ese instante el individuo se siente como enfrentado a una dualidad de actitudes contrastantes que surgen de lo que no se entiende y que debe ser entendido y de lo que se sabe y se debe olvidar. De aquí que, en muchas ocasiones se experimente una sensación de inseguridad, de intranquilidad, que suele traducirse en una serie de medidas que después, ante la reflexión serena, parecen ridículas. Es, mucho más tarde, que comienza a aflorar una especie de adaptación que puede ser total o no. Creemos que en el caso nuestro no lo fue nunca. Y es gracias a ello, que estimamos que pudimos observar con relativa imparcialidad.

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMÉRICA, NACIÓN SOBRE RUEDAS

A pesar de que, en una primera aproximación no siempre se descubre la importancia que el automóvil juega en la vida del norteamericano, muy pronto —especialmente si no posee automóvil— el extranjero advierte que la vida de la gran mayoría de la gente es posible y se desarrolla merced a este medio de transporte. Es como que si todo existiese y girase en función al automóvil.

Se puede afirmar que la economía, las relaciones sociales, la ubicación de las viviendas, los supermercados, las diversiones y aun el amor descansan o afinan en el moverse de las ruedas por los caminos

pavimentados de las rutas, cuyos números han de ser ubicados en planos y guías si es que se quiere llegar a alguna parte.

Dado el dinero que gana un obrero o un representante de la clase media por su trabajo, la adquisición de un automóvil en cómodas cuotas mensuales o a través del financiamiento de empréstitos concedidos por instituciones bancarias no constituye un problema difícil o insuperable. Esto explica la gran cantidad de coches que circulan por las autopistas —freeways— día y noche en una caravana que parece no ha de tener fin y cuyo rumor asemeja, en ciertos momentos, al ronco ruido de las aguas embravecidas.

Es probable que el hecho de que los primeros colonos hubiesen de avanzar hacia el oeste en un intento de conquistar un lugar y una situación económica mejores hubiese dejado una huella en la tradición nacional, de tal modo que el norteamericano, especialmente aquél que no dispone de grandes medios de fortuna, se sintiese impelido a viajar. Es así como conocimos profesores, enfermeras, ingenieros, empleados y obreros que nacieron en un estado, estudiaron en otro y ya habían recorrido dos o tres más antes de que los encontráramos en Los Angeles, en San Mateo o en New York. Y es que además el camino invita a viajar. El horizonte se abre hacia el infinito y no importan las distancias, ni los derechos de peaje que se cobran irregularmente —pero en forma legal— y con mucha frecuencia al través de la campaña cruzada y entrecruzada por las cintas de cemento.

Y el individuo no se siente amarrado por ningún problema. Si era dueño de una casa, la vende. Si tenía radio, aparato de televisión, lavadora, freezer o frigidaire, los vende. Si tenía amigos, parientes, empleo, los abandona. Y si es que algo lleva consigo —generalmente muy poco— dispone de unos pequeños carruajes de carga que acopla a su automóvil y que puede arrendar en cualquier ciudad y entregar también en cualquier lugar de Norteamérica.

Este comportamiento tiene una importancia enorme para la economía nacional. La industria ha sabido aprovechar este afán del norteamericano que le lleva a viajar y a renovar lo que posee. Cada año aparecen múltiples novedades, sea en el diseño o en el rendimiento de los diversos artefactos y también, desde luego, de los automóviles. La propaganda se intensifica y el individuo se siente poco menos que constreñido a comprar. ¿Qué importancia puede entonces tener el vender lo que se tenía? Cuando en otro sitio, en otra ciudad se va a encontrar algo mejor, cuando hay la expectativa de ganar un poco más nada importa lo que se deja.

Pero la explotación del impulso viajatario ha hecho surgir una in-

dustria especial: la del turismo. Diarios, revistas, los programas de radio y de televisión ofrecen en toda época, en toda estación, la gama interminable de los lugares dónde es posible disfrutar de la belleza del paisaje, de las delicias de la vida nocturna, de los múltiples atractivos de una ciudad o de una playa, del goce del embrujo de los museos o de los conciertos de las mejores orquestas.

Y dondequiera que se vaya hay lugares reservados para "parkear"; hay tabernas, refugios o restaurantes para el automovilista. En cualquier parque, sea el Yosemite Park o el Yellowstone Park, hay el refugio para el automovilista y también el camino pavimentado que le conducirá hasta el punto donde hubo un ventisquero o hasta el lugar dónde se asoma una cascada que, desde la altura, se proyecta en velos de espuma y de lluvia.

El motel, la auténtica posada del automovilista, es el verdadero hotel del camino que, con sus piscinas, con sus cuartos generalmente dotados del confort más exquisito, se encuentra siempre a la vera del camino llamando la atención con sus multicolores anuncios luminosos. Allí se descansa si es que la noche tropieza con el cansado conductor; o se vive un regalado y agradable week-end con el grupo familiar o con los amigos; o también se conjuga en un florecer del silencio y del aislamiento propicios el verbo amar.

Las familias norteamericanas viven en cualquiera parte que no se encuentre situada a más de unos sesenta kilómetros del sitio en el cual trabajan. En unos cuarenta minutos recorren las distancias que les separan de su oficina, de su empleo, del lugar en que trabajan, del supermarket o del teatro. Este hecho explica el por qué múltiples familias poseen dos o más automóviles. Y es así que se dice que en California hay un automóvil y medio por persona, incluyendo los niños recién nacidos... y nace un niño cada cincuenta segundos.

Los norteamericanos pueden dedicarse a cuanto deporte deseen practicar. El automóvil les conducirá o al embarcadero de yates, o a los muelles donde podrán pescar, o a la montaña donde podrán esquiar, o a los campos de golf que se encuentran profusamente diseminados, o a los estadios o aun al lugarejo tranquilo y despejado donde podrán practicar con aviones miniaturas dirigidos por control remoto.

LA FAMILIA, REFUGIO TEMPORAL

La familia norteamericana que tuvimos la suerte de conocer, especialmente en sus modelos correspondientes a los niveles de los roles de profesores de la enseñanza media, profesores de Junior College

o Community College y profesores universitarios —pero por lo que pudimos indagar corresponde, en general, en lo que se refiere a su estructura y organización a cualesquiera de los otros modelos— está compuesta exclusivamente por los esposos y los hijos menores de diecisiete o de dieciocho años.

Para todos es conocido los roles que desempeñan los cónyuges en la familia norteamericana. En ambos se observa cierta independencia y acaso una igualdad de atribuciones y de responsabilidades. Ambos comparten el trabajo en todas las labores hogareñas, como también en las tareas relacionadas con la educación de los hijos. Generalmente es el marido quién se preocupa de los arreglos de los desperfectos de las casas, del cuidado del jardín y de otros menesteres. Lo que no excluye empero el hecho de que muchas veces se vea a una mujer pintando la puerta de una casa, o a un niño cortando el césped con una máquina motriz de cortar pasto.

El niño goza de toda clase de privilegios; sin embargo, se le acostumbra desde pequeño a actuar en forma independiente y a ganar por sí mismo algunos dólares. Es así como se le ve repartiendo diarios; como sale a cuidar de los niños menores de otras familias; o se le puede observar cortando el pasto en los jardines. En el seno del hogar colabora en las faenas de la casa. Es él quien sale a comprar la leche en las máquinas vendedoras; ayuda a lavar la ropa, e incluso la lleva a lavar él mismo a las lavanderías automáticas cuando en la casa no hay máquina de lavar. Todo ello, desde luego, le significa también obtener unos cuantos dólares más. El niño, no siempre la niña, aprende desde muy temprano a cocinar. Y no falta la madre orgullosa que dice que su hijo de doce años es un excelente cocinero. Al respecto, es interesante anotar que, en todas las ocasiones y en todas las familias a las cuales se nos invitó a almorzar o a cenar, era el marido quien preparaba los diferentes guisos. Y su mayor satisfacción era poder presentar algo novedoso, algo típico. Desde luego, nos estamos refiriendo a aquellos hogares en los cuales no había ninguna clase de servidumbre que, por lo demás, fueron la gran mayoría.

Afirmábamos que el niño es educado de tal manera que llegue a convertirse en una persona independiente y capaz de valerse por sí misma. En un comienzo nos llamaba la atención cuando le preguntábamos a algún niño o a alguna niña de cinco o de seis años por su nombre y nos contestaba dándonos no solamente respuesta a nuestra pregunta, sino que indicándonos también el colegio en el cuál estudiaba, el curso que la acogía y la calle dónde vivía. Después, a pesar de que este comportamiento nos seguía causando admiración, nos

acostumbramos sabiendo que ello formaba parte de la educación corriente del niño.

Cuando el niño termina su educación media busca nuevos horizontes. Los lazos que le unen a la familia se rompen y el impulso a caminar y dejar todo abandonado, lo coge. La tradición que arranca de los primeros colonos que también viajaban y dejaban todo abandonado para emprender el peregrinar hacia nuevas tierras, se hace presente en él. Y parte. Lo usual es que desde ahora la familia ya no le ayude más y, por ello, habrá de ganarse no solamente el sustento diario, sino que deberá juntar el dinero necesario para cancelar las matrículas de los "colleges" o de las universidades, matrículas que corrientemente son muy elevadas. Y ningún trabajo le parece menospreciable. Lava copas en los restaurantes; limpia automóviles en los garages; vende bencina en las bombas de bencina; reparte los platos en los comedores de hoteles o restaurantes. A propósito recordamos una noche en New York en la cual fuimos a un restaurant con un profesor del "Oakland City College", y en que encontramos allí a una de sus alumnas. Con sus dieciocho años, rubia, bella, su cuerpo esbelto y sus piernas contorneadas envueltas en largas medias negras, apenas cubiertas por una breve falda negra y un blanco delantalcito, reunía los dólares que le permitirían proseguir sus estudios, indicando a los conmensales los platos más apetecibles, las bebidas más adecuadas o los lugares mejor situados. Cabe señalar que nadie la molestaba o la ofendía, pues parecía reinar el consenso de que esa joven era una persona más que se encontraba trabajando y que, por lo tanto, merecía todo respeto.

Poco a poco, por lo tanto, los padres se van quedando solos. Y este "solo" es conveniente subrayarlo. Pues desde ahora en adelante será muy rara la ocasión en que vuelvan a reunirse con sus hijos. Y muchas veces puede ocurrir que no los vuelvan a ver más. La nota trágica se hace presente en aquellos casos en que alguno de los cónyuges fallece a una edad relativamente avanzada, pues en ese instante el sobreviviente queda definitivamente solo. Prácticamente ya no tiene parientes. Ocasionalmente se reúne con algunos amigos. En su habitación ha desaparecido el aire hogareño y, a pesar de ello, debe buscar refugio allí. Si dispone de alguna pensión o de algún dinero, irá al teatro, comerá en algún restaurante, saldrá en giras turísticas, pero siempre estará solo. Si sus bienes son escasos lo veréis sentado, leyendo o simplemente tomando el sol, en los escaños de las plazas o de los parques.

EL HOMBRE DE EDAD AVANZADA, SER QUE SE SIENTE ÚTIL

Estamos acostumbrados a mirar la última etapa de la vida como un puente que conduce hacia lo desconocido. Quizás ella represente para nosotros algo así como un alto en el último escalón, en el cual el cansancio de lo que se hizo o el hastío que nace de lo que no se hizo sólo deja lugar para recordar lo que una vez fue, escalón en que el ser humano ya no es capaz de desempeñar ninguna función útil para sí o para la sociedad.

Distinta es la concepción que ha forjado el pueblo norteamericano con respecto a las personas de edad avanzada e incluso del anciano. Tal vez el hecho de que la familia constituye tan sólo un refugio temporal, ha tenido como efecto que las personas que hace tiempo dejaron atrás el hito de la edad madura, busquen una manera de aprovechar el tiempo. Así no es difícil encontrar choferes de buses, cuyos cabellos encanecieron muchos años ha; mujeres que ya sienten el peso de la labor realizada, pero que conducen un ascensor, o al anciano que acude con paso menudo y rápido a cumplir con su cargo de control. Este mismo deseo de servir, de ser útil se advierte también en ciertas labores que podrían llamarse propiamente domésticas. Hay el anciano que con su sierra mecánica recorta los arbustos del jardín; hay la señora de edad que cuida de los niños pequeños, mientras los padres están trabajando y hay también los numerosos casos de aquellos señores y señoras de pelo gris que sacan a pasear al perro regalón.

Pero hay más. El hombre o la mujer de edad avanzada se incorporan a la vida de la colectividad como cualquier otro ciudadano y participan de ella en sus múltiples facetas. La mujer viste con ropas de colores vivaces, tiñe su cabello y maquilla cuidadosamente su rostro. Y no quisiéramos dejar pasar la ocasión de recordar ahora a esa muchacha de ochenta años con su abrigo de pieles, su sombrero verde, su cartera negra y sus elegantes zapatos, que iba de compras todos los días en el pueblo universitario de Berkeley... en bicicleta. El hombre, en los días domingos viste con singular cuidado, y va sólo o acompañado por su mujer, al igual que los más jóvenes a los servicios religiosos de su templo y, en la tarde, de riguroso traje de sport se le puede ver jugando al golf o pescando mientras su cachimba se aburre lánguidamente.

Tanto él como ella, en la edad más que madura, pasean por los parques buscando la sombra que los cobija cuando el sol arde por

encima de la ciudad o descansan en los escaños de las plazas, visitan las salas de exposiciones, asisten a los conciertos, disfrutan de las representaciones teatrales y participan activamente en las numerosas giras turísticas que se realizan dentro del país o que recorren los viejos centros culturales del continente europeo o de la América Central. Y no escasean las ocasiones en las cuales dan ejemplo de resistencia en la hora de la fatiga, de interés en todo aquello que se sale de lo común y de la sana inquietud ante las diversas manifestaciones culturales. Es como que si la vida les ofreciese en plena floración todo lo que aún les puede proporcionar y que ellos la bebiesen alegres, despreocupados y reconocidos.

Desde luego, también los individuos que han alcanzado una edad avanzada y que transitan por los senderos otoñales poseen su automóvil. ¡Y cuántas veces no nos extrañamos de ver descender de un coche a un chofer que tenía serias dificultades para caminar apoyado en su bastón!

BLANCO Y NEGRO, INCOMPRENSIÓN E INJUSTICIA

No es necesario ni oportuno presentar o develar este problema que pesa en el espíritu del hombre norteamericano como una lacra que bien quisiera ignorar... si pudiera. Las agencias informativas, la literatura, el cine y el teatro muestran en cada instante la oposición que hay entre el blanco y el negro; y, acaso paradójicamente, entre el negro y el blanco.

Las raíces de esta lucha sorda, tenaz y continuada se pierden en el pasado. El negro fue al principio, al igual que muchos blancos, el sirviente, y después el esclavo. Al negro se le podía encontrar entonces a través de todo el país, pero especialmente en el sur. Justamente allí era económicamente necesario y, por eso, pasó a constituir la mano de obra. Fue el instrumento de trabajo. Y en este sentido se le miró como algo inferior, como algo que estaba más allá del más bajo escalón de las clases sociales. Y el negro pasó a ser el símbolo de la esclavitud. Fue él quien recibía los azotes y quien liberaba al amo blanco de todas las tareas que a éste no le agradaba realizar. Y hoy, él, el blanco, tiene que hacer por sí mismo estos menesteres, mientras su mente parece no poder liberarse de la distinción inconsciente que hace entre él, el blanco, que se siente más inteligente, más capaz, más digno, y el otro, el negro, a quien estima inferior, torpe, desmañado e irresponsable, más cerca de lo animal que de lo humano.

Pero hay más, mucho más. El blanco, por razones que no es el caso ahora mencionar, descuidó la educación del negro. Y no es que solamente hubiese establecido una diferenciación racial en cuanto a la admisión de los niños a las instituciones educacionales, sino que además, limitó a un mínimo las oportunidades de que el negro alcanzase una educación superior o universitaria, lo que fue una consecuencia de una educación secundaria escasa o deficiente y discriminativa. Los colegios de los negros, en que había por cierto profesores negros, no lograron alcanzar con sus alumnos el nivel cultural término medio —y esto ocurre aún hoy día— de las instituciones educacionales primarias o secundarias similares a las cuales acudían los alumnos blancos. A todo esto hay que agregar la deserción escolar del muchacho negro, que está muy por encima de la del blanco, conjuntamente con una cierta despreocupación por continuar sus grados académicos en un "college" o una universidad. Seguramente presente que aun con los estudios superiores y un flamante título de "doctor" no tendrá muchas oportunidades de mejorar su status social.

En estas circunstancias el abismo que separa a estos dos grupos étnicos se va acentuando y agravando. Especialmente si se tiene presente que las ocasiones de una convivencia más íntima entre ambos sectores es difícil y, a veces, imposible y que, por lo tanto, la mezcla de ellos al través del matrimonio no ocurre sino en situaciones de excepción. De aquí que las parejas de rubios y morenos provoquen una especie de desconcierto en un pueblo donde nada parece llamar mayormente la atención.

El desprecio del blanco por el negro, que es a todas luces injusto y que demuestra una incomprensión increíble, a la par que una mezquina lucha racial incomprensible para pueblos en que la composición étnica es relativamente homogénea, adquiere contornos de violencia y de tragedia en algunos de los estados del sur. No obstante, tampoco en los estados del norte escasean las actitudes de franca discriminación racial, a pesar de que no hay ni la contienda declarada, ni el roce continuo. Ciertos comportamientos sociales bien notorios son señales evidentes de una escisión profunda. Los negros habitan generalmente en barrios bien delimitados, por ejemplo, partes del Bronx, de Brooklyn y el Haarlem en New York, o el barrio de los negros en Chicago; en los edificios de departamentos, los blancos no toleran la vecindad de la familia de los negros y basta la presencia de un negro para que lentamente los blancos abandonen el lugar. Especialmente significativo es que Manhattan, en la ciudad de New York, está siendo abandonado lentamente por los blancos. Cierto es

que los portorriqueños permanecen allí, pero no se debe olvidar que ellos son tenidos en menos no solamente por los blancos, sino también por los negros.

Pero el negro tampoco tolera al blanco. A la lucha entablada por el blanco, el negro ha respondido con la lucha, que a pesar de no llegar siempre a las vías del hecho, puede, en ciertas ocasiones, presentar aristas ásperas. Entrar en ciertos barrios de negros después de las cinco de la tarde, suele ser asunto más que riesgoso para un blanco. En aquellos almacenes en que los dependientes y los dueños son negros, un blanco no puede adquirir nada. Por otra parte, el negro busca la manera de distinguirse, de llamar la atención, comportamiento que puede estimarse como normal. Es atildado en el vestir, especialmente la mujer, cuando dispone de medios económicos. Los automóviles más caros se encuentran siempre en poder de los negros ricos. Es como que si quisieran, en forma inconsciente, encontrar una compensación a su desmedrada posición social, pues hasta hace muy poco debían evitar el manchar con su presencia los sitios reservados para el blanco en muchos de los estados de la nación.

Como un hecho que pudiera parecer curioso cabe señalar que el negro establece diferenciaciones sociales para con la gente de su misma unidad étnica. Es posible advertir —al igual que en la sociedad de los blancos— distinciones que se basan en diferenciaciones de tipo social. Por otra parte, el negro norteamericano no mira bien al negro de Nigeria o al negro de Panamá. La unidad, la solaridad y la cohesión se presentan sólo en el momento en que se entabla la lucha por los derechos civiles o por la eliminación de los desniveles sociales que les separan del blanco.

Dadas las circunstancias anotadas no parece difícil comprender el porqué el negro, que actualmente constituye una minoría demográfica, por lo general, sólo logra ocupar oficios o puestos estimados por el grupo como los de menos prestigio. Aun aquellos negros que han terminado sus estudios universitarios y han alcanzado un grado académico encuentran dificultades poco menos que insalvables para escalar hasta las posiciones consideradas como de trascendencia en el gran grupo social.

INDIVIDUALIDAD, RASGO SOBRESALIENTE EN UNA SOCIEDAD DE MASAS

Quizás sean ciertos rasgos típicos, delineados en múltiples direcciones y abarcando facetas coordinadas las que han llevado a los Estados Unidos de Norteamérica a constituir lo que podría definirse como

una sociedad de masas. Estos aspectos, que se presentan con regularidad, no sorprenden, en un comienzo, al observador, por cuanto parecen encajar en un mecanismo bien aceitado. Sin embargo, muy pronto se llega a la conclusión de que ciertos hechos definen a los Estados Unidos de Norteamérica como una sociedad cultural de tipo distinto, con caracteres especialísimos.

Toda la vida económica descansa en la totalidad de la población, sea ella blanca o negra. Es como que si el poder económico estuviese en relación directa con la actividad productora y consumidora de cada uno de los integrantes de la nación. El gran crecimiento de la producción, que ha traído aparejado un mayor aumento de las entradas, descansa en la capacidad de consumo de cada uno de los individuos. Y en este sentido no parece inútil insistir en el hecho de que cada norteamericano es un comprador potencial de todo lo nuevo, de todo aquello que signifique un adelanto real o ficticio, de todo aquello que constituya una novedad. Y por ello los periódicos son, en gran escala, informaciones de índole comercial y expresiones de la propaganda de las más variadas formas, que van desde el anuncio de las liquidaciones hasta el comentario científico y técnico de un producto que ha aparecido recientemente. Es la llamada de la producción a toda la masa de los compradores potenciales que constituyen la nación.

Los canales para ascender o descender en la escala social se encuentran abiertos a todos y a cada uno de los individuos blancos. En este sentido la movilidad social está abierta al hombre blanco, cualquiera que sea su posición, su credo o su extracción social. Ante él se abren todas las posibilidades de aumentar su prestigio, especialmente si ello tiene que ver con el camino económico. Pero es él como individuo quien ha de labrarse su propia senda y todo el proceso educativo tiende a realizar este proceso. El esfuerzo del individuo por destacarse, por llegar a ser alguien comienza y es estimulado en el seno de la familia. Se prosigue en los establecimientos de educación primaria y secundaria y se torna duro, quizás hasta cruel, en las aulas universitarias. Allí el individuo ha de luchar por sí mismo y para sí mismo en competencia con los otros. Cada punto ganado sobre los demás representa una oportunidad mejor de alcanzar una posición de privilegio. El compañerismo desaparece y no es raro que el alumno que ha debido faltar a una clase, pida las anotaciones o apuntes, no a un compañero norteamericano, sino a un extranjero.

El deseo de la masa de incorporarse al mundo de los entretenimientos y de participar en las manifestaciones culturales, sean ellas científicas, técnicas o artísticas, es particularmente notorio. Niños,

adultos y ancianos se dirigen hacia todos los lugares donde florece la belleza o donde simplemente hay recreación. En los "Cloisters" en Nueva York, en el Zoo de San Francisco, en las representaciones del ballet Bolshoi en el Madison Square Garden, en el museo de pintura de Seattle o en la galería de arte de Washington, se encuentra el norteamericano con su máquina fotográfica y el flash o con un libreta sacando notas, observándolo todo y abierto a toda expresión cultural. Si el camino por la senda de la lucha diaria lo llevó durante la semana a desentenderse de los otros matices de la vida, los sábados y los domingos o aun las tardes le invitarán a encontrarse con los valores espirituales. Y será cada ciudadano norteamericano como particular, aun cuando vaya acompañado por su familia, quien pretenderá disfrutar de lo bello, de la verdad y de lo sagrado, al mismo tiempo que tratará de empujarse a niveles intelectuales superiores. Para ello pagará altos precios para asistir a ciclos de conferencias de los más variados temas de lo científico y de lo artístico, dictados por hombres eminentes de América o de Europa. Para ello comprará libros, que siempre son caros, y para ello estará presente en el espectáculo folklórico de un pueblo lejano y ajeno, del cual seguramente no tuvo nunca antes ninguna noticia.

Toda clase de instituciones de tipo formal, como lo son las iglesias, los clubes, el "Rotary", las asociaciones de ayuda mutua, los centros de damas, las ligas contra el cáncer, las sociedades de recreación para los enfermos de los hospitales, etc., absorben a la masa. Su cantidad es variable y se encuentran en constante cambio, en constante multiplicación. Impregnan a cada individuo con las características propias de la institución a través de una serie de reglamentaciones, de tal manera que cada miembro es un reflejo de las instituciones a las cuales pertenece. Puede afirmarse que la resultante es que cada individuo se basa en sus apreciaciones, en sus opiniones, en su manera de ser, en sus comportamientos, no tanto en las experiencias particulares, sino más bien en las normas de los grupos que integra. De aquí que no haya una clara conciencia personal acerca de una serie de problemas que se refieren a la democracia, a las relaciones entre las razas, a la convivencia entre los pueblos y a la vida de otras naciones. Pero esto no significa en modo alguno una desaparición del individualismo. Por el contrario, cada hombre, mujer o niño, acentúan algo que podría denominarse el derecho a ser él mismo. Cada persona pretende manifestarse y hacerse presente en la partición y repartición de los roles sociales.

Cada norteamericano se siente incluido en la comunidad, mas al mismo tiempo, tiene la pretensión de expresarse total e íntegramente. Así debieran surgir las asperezas, las ocasiones de lucha, los incidentes enojosos, el acto de deslealtad. Sin embargo, tales efectos no se presentan. El estar incluido en múltiples grupos ha impreso su impronta en el espíritu y en la actitud de cada ser humano. Se es individuo y se es integrante de la comunidad al mismo tiempo.

Desde el primer punto de vista hay que triunfar, llegar a ser alguien. Desde el segundo, se debe respetar a los demás; hay que aceptarles. La lucha se vuelve, por lo tanto, deportiva. Y se respetarán las colas, y se aceptará la palabra del otro y se confiará en su honradez, mientras no se descubra que es deshonesto. Y la tónica es "smile". Ningún pueblo de los que hemos conocido es, en este sentido, más cortés, más educado, más correcto. Con una sonrisa a flor de labios el norteamericano que camina apresurado os dirá "excuse me" si de alguna manera os ha molestado.

El respeto por el individuo humano alcanza regiones insospechadas. Se puede vestir de cualquier manera, siempre que no atente contra las buenas costumbres; las damas pueden caminar con su cabello encrespado alrededor de diferentes artefactos para hacerse rizos; el estudiante universitario caminará con zapatillas bastante oscuras y "parka"; la muchacha universitaria se sacará sus zapatos y caminará descalza bajo la lluvia, y el profesor de alguna universidad hará su clase en mangas de camisa; alguien comerá su merienda en plena quinta avenida y nadie dirá nada. Pero por el otro lado está el molde de la masa. Como acatando una orden del calendario, todos cortarían el césped y arreglarán el jardín el mismo sábado en Berkeley; lavarán su automóvil el mismo día domingo en Oakland; mirarán el mismo programa de televisión a las 19.30 en New York; comerán "hamburgers" y un "roast beef well done" en San Francisco a las 18.30. Sin embargo, cada uno tratará de conservar su independencia y acaso su aislamiento; y a pesar de que comen en la misma mesa de una "cafeteria", estarán solos, separados de los demás.

CHILE, NACIÓN DESCONOCIDA EN ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMÉRICA

Los norteamericanos, en su gran mayoría, tienen un desconocimiento completo de Chile. Desconocimiento, que por lo demás, se extiende a todos los países latinoamericanos. En general, sus centros de interés, en lo que se refiere al extranjero, están centrados en las naciones europeas. Esto no significa empero que posean un cabal conocimiento

de los aspectos políticos, sociales o económicos de los países del viejo continente.

Una especie de confianza y de seguridad en sus propios medios, junto con el convencimiento de que con su propia capacidad creadora pueden ser los artífices de su auténtico destino parecen haberles llevado a mantener no sólo una especie de distanciamiento, sino también una ignorancia para con el resto del mundo. Lo que no significa sin embargo que las instituciones y personas que deben preocuparse, por razones obvias, del conocimiento del mundo que les rodea compartan esta ignorancia. En general la gran mayoría de los planteamientos del hombre norteamericano referentes a asuntos de historia, educación, política o economía —y esto incluso en los centros universitarios— comienzan con la guerra civil. Las fundamentaciones científicas se apoyan en las investigaciones y estudios de los sabios norteamericanos; en educación se busca un “estilo norteamericano” que, si bien reconoce su origen europeo, pretende caminar por rutas propias; la técnica, reconociendo la influencia y las contribuciones de lo foráneo, se desenvuelve al través de sendas características; y aun la moda sigue las sugerencias que van creando los modistos norteamericanos. De esta manera lo importante, lo valioso y lo decisivo es lo nacional. Y este espíritu que se fomenta y desarrolla en el proceso educativo es respaldado y afianzado por los periódicos, la radio y la televisión.

De las ciento y tantas páginas que constituyen la edición dominical de algún diario importante, sólo un folleto —casi siempre en colores— bosqueja ciertos rasgos interesantes, diversos aspectos históricos, algunas noticias literarias y unas cuantas informaciones políticas de las naciones extranjeras. El interés noticioso —a la inversa de lo que ocurre en nuestros periódicos— tiene un acentuado sabor local. Del exterior aparecen unos pocos artículos o informaciones y siempre que ellos tengan que ver con asuntos relacionados con la política norteamericana o con la vida nacional. A veces aparece algún escrito de Chile o de otro país de Latinoamérica.

Si alguna persona, en la calle o en una reunión, entablaba conversación con nosotros y nos preguntaba acerca de nuestro país de origen, demostraba no poseer ningún conocimiento especial nuestro, excepto el de que éramos un lugar que había sido sacudido por un gran terremoto. Y no faltaba quien nos preguntase por qué había tantas revoluciones en Chile...

No obstante lentamente empieza a surgir el deseo de conocer las costumbres de otras latitudes. Poco a poco el ansia de nuevos hori-

zontes, que es ingrediente obligado en la imaginación de cada norteamericano, le impulsa a inquirir y adquirir conocimientos de la gente y de la vida de otros pueblos. Lentamente la tremenda influencia del habla hispana, que se hace sentir especialmente en Los Angeles y New York, atrae más y más alumnos de los junior colleges para aprender español. Y con ello el deseo de saber más acerca de las naciones en las cuales la gente habla dicho idioma comienza a acrecentarse.

LA CIUDAD, URBE DONDE LA VIDA MODERNA COBRA SENTIDO.

La vida actual del pueblo norteamericano transcurre, se desarrolla y cobra sentido auténtico en la la gran ciudad, en la supermetrópolis. Si por por un lado el camino, el automóvil y el interés por los viajes llevan al ciudadano a caminar y alejarse continuamente; por el otro, las grandes ciudades tienden a establecer núcleos de concentración que ofrecen todo aquello que la civilización ha ido construyendo tanto para aliviar el esfuerzo diario, como también para ofrecer lo que puede halagar al espíritu o a los sentidos.

En las grandes urbes, sean ellas San Francisco o Seattle, Chicago o New York, Los Angeles o Washington, el fenómeno es siempre el mismo. Un centro educacional representado por una o varias universidades; múltiples núcleos culturales en los cuales los museos, los jardines zoológicos, los teatros y las bibliotecas irradian y atraen el saber, la belleza y la información. Los templos, de todas las religiones o sectas se encuentran dispersos por doquier ofreciendo el encuentro del hombre con lo sagrado, con lo trascendente. La industria, no siempre ubicada en la periferia, provee incesantemente al comercio, sean los supermarkets, los grandes almacenes de las cadenas comerciales o a las casas distribuidoras con alimentos, mercancías, herramientas y maquinarias.

Un mar de gente acude de todos los lugares en buses, automóviles, trenes, helicópteros, aviones, trenes subterráneos apresurándose por llegar a las oficinas, a las liquidaciones, a los parques, a los museos y a los establecimientos educacionales.

La vida se hace intensa, febril a medida que la mañana avanza. A la hora del "lunch" las "cafeterias", las fuentes de soda, los restaurantes se hacen estrechos para contener al público que se sirve un plato frío o caliente junto al infaltable jugo de tomates. A eso de las cinco el ajetreo parece hacer crisis. En los paraderos de la locomoción colectiva hay una afluencia de gente que invade todo medio de transporte público. Después, como obedeciendo a una con-

signa, el bullicio disminuye y la vida se apaga; sólo en los sitios donde hay teatros, cines o lugares de diversión el movimiento continúa. En el resto de la ciudad hay un silencio que se quiebra esporádicamente con las sirenas de los vehículos de los bomberos o de la policía, o por el aceleramiento de un automóvil. En sus departamentos, la gente come su cena y se dispone a mirar el programa de la televisión. Los que viven alejados del recinto mismo de la ciudad se han recogido en sus casas y se encuentran haciendo exactamente lo mismo que están haciendo todos los demás.

La supermetrópolis norteamericana posee una configuración singular, cuyos rasgos, en cierto modo, parecen irse extendiendo hacia el continente europeo y hacia el resto de América. Generalmente se encuentran ubicadas a la orilla del mar, de un lago o en las márgenes de un gran río navegable. Y no es raro el que todas las circunstancias anotadas coincidan. Comúnmente —aun cuando no tengan una forma circular— pueden ser consideradas como una gigantesca rueda, cuyos radios se dirigen no a un centro determinado, sino a varios. Estos centros varían de una ciudad a otra. Sin embargo es posible indicar algunos factores que parecen determinarlos. Desde luego están los barrios comerciales —los “down town”— que ejercen considerable atracción sobre la masa consumidora y también sobre el turista. Suelen distribuirse en forma un tanto caprichosa por todo el ámbito de la ciudad. En seguida hay que mencionar los barrios cívicos y municipalidades hacia las cuales convergen no solamente las avenidas y calles, sino un público numeroso. Tampoco deben olvidarse los terminales de los recorridos de los buses interurbanos, las estaciones de los ferrocarriles y aun los aeropuertos. Sobre estos puntos se articula el ir y venir de la masa humana que viene de la periferia, de los suburbios y de las ciudades dormitorio. Finalmente hay que recordar los centros universitarios en torno a los cuales se constituye el barrio de los miles y miles de estudiantes junto con los empleados administrativos y los auxiliares.

De especial significación son los parques y lagos naturales o artificiales que, profusamente distribuidos, no sólo son el lugar de la recreación, sino que suelen albergar centros científicos y artísticos como jardines zoológicos, planetarios, museos y conservatorios de plantas. Estos parques, corrientemente de enorme extensión, permiten a los norteamericanos dedicarse a la práctica de sus deportes favoritos, tomar el sol tendidos con vistosos trajes de baño sobre el verde césped, preparar asados en hornos de piedra o simplemente pasear y admirar la belleza del paraje. La típica plaza chilena no se encuentra sino

ocasionalmente y puede afirmarse que su existencia carece de sentido en la gran urbe, pues en modo alguno podría dar refugio a la masa en busca de esparcimiento, solaz y descanso.

Curiosamente los centros comerciales, los barrios cívicos y los lugares a los cuales afluye el gentío van siendo abandonados como lugares de habitación por todos aquellos que pueden procurarse una vivienda fuera de los núcleos céntricos. Paulatinamente el hombre y la mujer emigran para ir a residir en lugares más apartados, como que si la reducción familiar y el aislamiento no se compadeciese con lo que bien podría considerarse como lo público y lo exterior. Es más bien la gente de los estratos sociales más bajos la que permanece en los diversos ejes de esta rueda urbanística gigantesca.

La edificación, que se caracteriza por las grandes construcciones, tiende a tomar direcciones bien definidas. Conviene referirse primeramente a los bancos. Son edificios magníficos y generalmente suntuosos, especialmente las casas matrices. Allí se encuentran todas las contribuciones del arte moderno y abstracto. Hay la sensación de espacio y también la de comodidad. A continuación está la línea de los edificios públicos y municipales. Concebidos de acuerdo con cánones no rígidos en que lo monumental, y la belleza no se encuentran reñidos con lo funcional, el espacio se hace amplio en los sitios de reunión, para restringirse —sin desaparecer—, en las diversas oficinas. Un tercer grupo está constituido por las casas comerciales en las cuales prima lo funcional. No se ha abandonado la idea de espacio y están construidas de tal modo que pueden acoger una gran cantidad de personas. No se puede hablar de belleza arquitectónica, pero sí de adorno. Los edificios de departamentos representan el hogar de la familia norteamericana. La belleza ha cedido su lugar a lo racional y a lo comercial. Se mantiene la sensación de espacio y permite a sus ocupantes mantener un aislamiento y un anonimato relativos.

Generalmente la comunicación entre los diversos centros dentro de la ciudad se establecen por anchas avenidas y autopistas que corren aun dentro de la misma urbe. El "parking" en las calles es caro. Este hecho ha determinado que no siempre el automóvil particular llegue hasta los centros de la ciudad y que mucha gente prefiera utilizar los medios de transporte colectivo. No obstante un gran número de norteamericanos pagan derechos para estacionarse en lugares contruídos ad hoc.

INTENTO DE UNA EXPLICACIÓN SOCIOLOGICA DE LA REALIDAD NORTEAMERICANA.

A la mente humana no le basta con establecer los hechos y hacerlos entrar en cuadros más o menos organizados. Su inquirir no queda satisfecho sino en el momento en el cual logra descubrir relaciones constantes entre los fenómenos dentro de los cuales los hechos singulares quedan incluidos. Muchas veces estas relaciones constantes no sobrepasan el nivel de lo hipotético, pero aun en este caso cumplen —siempre que se tenga debida cuenta de su carácter de suposición— con la finalidad explicativa. Es en respuesta a dicha exigencia tan humana que nos atrevemos a intentar el señalar dos o tres considerandos que podrían acaso servir para una futura explicación de la realidad social norteamericana.

Estimamos que ciertos factores antropológicos y sociales originales conjugados con la conquista del medio más el proceso histórico de una evolución determinada por factores culturales y el impacto de dos guerras permiten ordenar los hechos de tal modo que muestren un esquema coherente de lo que hemos venido llamando la realidad social de Norteamérica.

Tal como lo suelen afirmar los antropólogos y los sociólogos hay una especie de regularidad del comportamiento humano en el contexto de tiempo y espacio. Esta regularidad depende de factores que descansan en la sociedad original y que marcan su impronta, aun al través de la dinámica del grupo, especialmente en lo que se podría denominar el aprovechamiento del espacio. Sin embargo este aprovechamiento, en modo alguno es algo estático, sino que, por el contrario, es algo que va realizándose en el tiempo sin perder completamente su sello primitivo, pero derivando hacia nuevas formas íntimamente relacionadas con las variables sociales que el grupo va aportando, creando o recibiendo. Este sello primigenio se manifiesta a través de una persistencia de determinados rasgos culturales que son los que confieren una unidad direccional al acontecer o evolucionar de la realidad social.

En Estados Unidos de Norteamérica parece útil referirse a tres aspectos originales de formas convivenciales que, en cierto modo, han sido factores esenciales en la configuración de la realidad social, política y económica de la nación y que, dentro de ciertos límites, han conservado hasta el día de hoy una fisonomía particular imprimiendo rasgos característicos a la educación, a la sociedad y a las interrela-

ciones. Dichas formas convivenciales no pueden ser separadas de la manera como se han ubicado y construido las viviendas y del cómo ha sido ocupado y distribuido el espacio. Es por esta razón que parece ser posible el establecer una estrecha relación entre la ocupación del espacio y la realidad social.

Enfocada, desde este punto de vista, la realidad social de los Estados Unidos de Norteamérica, puede afirmarse que los tres tipos de formas convivenciales aludidas han constituido comunidades típicas con características culturales y sociales bien definidas y que se encontraban y aún se encuentran en sectores geográficos cuyos límites no siempre pueden ser determinados con precisión.

Si iniciamos nuestro análisis por el noreste, por aquello que constituye la Nueva Inglaterra, el territorio de los "Yankees", encontraremos la característica ciudad o villa de la Nueva Inglaterra. Al decir de Wertenbaker¹, sus orígenes se remontan a la manorial village de los champion country de los Midlands de Inglaterra, lugar del cual proceden la mayoría de los puritanos. Interesante es advertir que estos manorial villages, a su vez son una derivación de los modelos de aldeas traídos por los anglos y los sajones desde los campos contiguos al Elba y que se caracterizaban por ser principalmente aldeas agrícolas. Al llegar los puritanos al Nuevo Mundo planearon, seguramente de manera inconsciente, la colonización y formación de sus aldeas y villorrios de acuerdo con su herencia cultural ancestral. Un terreno central rectangular de uso de la comunidad y en torno al cual se levantaban las viviendas y los edificios, entre los que se destacaban la iglesia y la casa municipal, los que, muchas veces, constituían un solo edificio. En el municipio se realizaban las reuniones más importantes de la comunidad.

Estas ciudades eran autónomas y la estrecha vecindad hacía que sus habitantes poseyesen, junto a una especie de igualdad, la convicción de ser integrantes de la comunidad. No obstante era posible distinguir pequeñas diferencias entre familia y familia. Estas eran, hasta cierto punto, económicamente independientes, pues producían lo que debían consumir, especialmente el trigo, las frutas, los animales y las aves. A su vez el individuo era educado de tal manera que fuese independiente y pudiese bastarse a sí mismo. Puede estimarse que tal independencia económica tanto del grupo familiar como del individuo trajo como consecuencia un escaso desarrollo del

¹Véase Morton H. Fried: "Readings in Anthropology", 1962, págs. 357-370.
in *Anthropology*", t. II: Cultural An-

comercio. Tal independencia de la familia como del individuo contrasta con el hecho de que cada persona era también una célula, un miembro activo dentro de la comunidad. Sólo en la comunidad le era posible vivir en todo sentido; en ella podía nutrirse del alimento cultural, ya sea que fuese religioso, moral, educacional o simplemente recreativo. Contribuían a esta vida en comunidad el hecho de la configuración misma de la ciudad con su vecindario estrecho, como también los factores inherentes a las costumbres político-sociales. Las reglas que regían la vida religiosa, moral y política eran determinadas por los padres de familia en el edificio del municipio.

La base de la organización social descansaba en la familia que era un núcleo pequeño que no llegaba a constituir largas parentelas. Los cónyuges disponían de cierta libertad para divorciarse y, dentro de ciertos límites, existía una igualdad de los sexos. Se reconocía para los hijos la división equitativa e igualitaria de la herencia. Preocupación preferente de la familia era la educación de los niños. Dentro de la comunidad, la escuela elemental desempeñaba una función importante, siendo su propósito fundamental el capacitar al niño para leer la biblia. Alrededor de los diecisiete o dieciocho años el niño se independizaba, pues se consideraba que a esa edad era plenamente responsable. Era una costumbre generalizada de que saliese a trabajar a otra parte y que se estableciese por sí mismo.

Curioso es anotar que la expansión de las ciudades se realizaba como una especie de envío de una colonia de jóvenes recién casados con todo el conjunto de objetos y de cosas necesarias para la fundación y desarrollo de una nueva aldea. Así se conservaba la organización social que se extendía no sólo al espacio, a lo educacional y a lo político, sino aun a la distribución del tiempo, que se imponía para todos los miembros de la comunidad, fisonomizándolos en todo aquello que se refiere a reuniones, festejos, recreación o simplemente convivencia entre los habitantes de la ciudad.

Aun cuando la libertad individual era grande, ella estaba enmarcada por un conservantismo cerrado que no admitía ni al innovador, ni al foráneo, ni tampoco aceptaba intromisiones religiosas. Tanto el judío como el católico no eran visitantes bienvenidos. Por el contrario, las leyes de la comunidad les obligaban a emigrar.

En el sur del territorio, en la región que se extiende desde el océano Atlántico y que pasa por el estado de Texas prolongándose más o menos hasta el estado de California, caminando al través de los años, se estableció la comunidad conocida como el "condado del sur" (southern county). A pesar de que se habla tradicionalmente

de una oposición del norte y del sur no se puede fijar una línea claramente divisoria que separe dichas regiones sociogeográficas.

La tradición cultural y social de la "plantación" es la que va a teñir con su coloración grisácea toda la vida social de la comarca. Pero no es la plantación la unidad social, ni tampoco la comunidad; ésta está representada propiamente por el condado. Aun cuando no se pueda desconocer la influencia tanto del protestantismo como de la organización social ingleses en la configuración del condado, no es menos cierto que éste representa una forma distinta y sui generis explicable únicamente en función de las relaciones socioespaciales y ecológicas.

En cierto modo el condado tenía una especie de ciudad central, una auténtica capital. En su centro se levantaba el edificio del condado en el cual se celebraban las reuniones de más importancia y en torno al cual se erguían las viviendas de la ciudad. Otro edificio de importancia y que hacía contrapartida con el edificio del condado era la iglesia. Sin embargo fue el primero el que adquirió la supremacía por cuanto allí se ejercía el poder en sus más variadas formas y porque también allí se tomaban las decisiones más importantes para la comunidad.

En el condado podían distinguirse únicamente dos clases sociales. Una minoría formada por los dueños de las plantaciones y una mayoría constituida por toda clase de trabajadores, por los dependientes, los huídos, los blancos o los negros libres que vivían miserablemente en pequeños caseríos. La clase acomodada poseía las mejores tierras, las plantaciones, mientras que los terrenos malos y pantanosos, las colonias yermas eran refugio de los pobres fuesen negros o blancos, de los fugitivos, de los desposeídos.

También en las iglesias se advertía esta misma división. El templo imponente y lujoso era el lugar donde se citaban la elegancia, la riqueza y el poderío. Se encontraba situado en la ciudad. En los caseríos, en los barrios pobres se encontraban las iglesias modestas que parecían ser el centro del sectarismo y de la superstición. Allí no llegaba ni la belleza, ni la moda, sino la miseria, el harapo y la servidumbre.

La comunidad incluía, por lo tanto, una mezcla abigarrada y heterogénea. En ella se encontraban las plantaciones ricas y los campos casi estériles. La población variaba desde el blanco y el negro pobre hasta los dueños de las plantaciones pasando por los fugitivos y los desposeídos. Desde el punto de vista religioso campeaban el anglicanismo y el metodismo. Todas estas formas culturales imprimían su sello particular a la sociedad. Pero si bien es cierto que estos rasgos

fueron decisivos, no puede olvidarse que será la esclavitud del negro que durará hasta la misma guerra civil con toda su cohorte de consecuencias tan conocidas, la que constituyó la nota típica del sur.

El hogar era una especie de recinto sagrado y junto con la mujer que ocupaba un lugar preferente se constituyen en los valores sociales más elevados. Románticamente la mujer era colocada en una especie de pedestal y era deber del hombre el protegerla. Significativamente este comportamiento imperaba tanto en el mundo del blanco, como también en el del hombre de color.

La plantación era una forma de monocultivo y, por lo tanto, no podía autoabastecerse. Se extendía a través de un área muy amplia dedicada parcialmente a la explotación agrícola. Constituía una especie de macrocosmos en el cual se encontraban los siervos, los esclavos, los empleados y los dueños de la plantación. Es justamente en ella donde surgirá el esclavo negro.

Aun cuando la aparición de la esclavitud no es todavía un problema claramente resuelto y que, para explicarlo, existan teorías controvertidas, puede aceptarse que concurren múltiples factores —que curiosamente se dan sólo en la plantación— en su origen.

En un comienzo parece que no hubo una diferenciación neta entre el negro y el resto de los trabajadores de bajo nivel social. Sin embargo como el negro, además de ser el individuo no bautizado, fue el peón o el gañán, se le empezó a mirar muy prontamente como un ser de clase ínfima. Por otra parte el negro se hizo indispensable en los trabajos agrícolas de la plantación, principalmente en los cultivos del tabaco. En una época en que no existía la máquina y en que el trabajo del animal era difícilmente aprovechable, la mano del hombre constituía la principal fuente de energía y de producción, a la par que era la más barata. Se supone que en los primeros tiempos los dueños de las plantaciones trataron de reclutar los trabajadores entre los indígenas, los que rehusaron realizar cualquier labor. Tampoco dio ningún resultado positivo el contratar gente blanca del país, pues ésta prontamente abandonaba el trabajo y se dirigía hacia otras regiones. De aquí que las miradas se dirigiesen hacia el negro africano que, al ser comprado y tratado como una mercancía, marcaba el origen de la esclavitud, al mismo tiempo que el desprecio por el hombre no blanco. Habría que agregar aún el hecho de que la servidumbre blanca, que era más educada y que podía trabajar voluntariamente fue beneficiada por leyes educacionales. De este modo el negro se mantuvo no sólo en un analfabetismo, sino que fue privado de cualquier posibilidad de mejorar su nivel intelectual. Final-

mente no se debe olvidar que mientras había muchas inmigraciones de gente blanca, los negros eran traídos forzosamente al país.

Si la división en dos clases se extendía al través de todo el condado, la educación —que siempre es una expresión de las características generales de la sociedad y, hasta cierto punto, es conservadora— mantenía esta diferenciación y era un índice de la posición social. Sólo los dueños de la plantación enviaban sus hijos a estudiar a las universidades de Europa. La educación formal no existió originalmente para la servidumbre blanca o negra, aun cuando después todos los hijos de los blancos pudieron asistir regularmente a las escuelas.

Pero es la tercera región, la que ocupa el gran territorio central de Norteamérica, la que puede ser estimada como la propiamente norteamericana y la que va a ser la gran forja donde se va a modelar el ser social de la nación. Caracterizarla social y culturalmente en toda su magnitud es un problema que excede a los propósitos de este ensayo. Conviene sin embargo indicar someramente algunos antecedentes. En primer término constituye una mezcla heterogénea que, al decir de Conrad M. Arensberg² no está formada “étnicamente ni por yankees de Nueva Inglaterra (puritanos ingleses), ni por caballeros del sur”. Es la amalgama de las inmigraciones que vienen de la Europa: holandeses, suecos, ingleses, alemanes, irlandeses y escoceses. En segundo término, esta mezcla dará origen a tres subculturas diferentes aun cuando poseen rasgos comunes: los apalaches (Frontier), el medio Atlántico y el medio oeste.

Construyen sus viviendas en granjas o fincas alejadas las unas de las otras sin formar ciudades y sin alcanzar en el cultivo agrícola la explotación propia de las grandes plantaciones del sur. Es una conquista lenta del terreno en lucha contra el bosque y las aguas, realizada familia por familia. Continúan, en este sentido, la tradición de la herencia cultural que, en sus países de origen, arrancaba de la pequeña agricultura y que prácticamente desconocía la construcción de ciudades. Como no disponen de lugares fijos para sus reuniones, éstas deben efectuarlas en los cruces de los caminos, en la casa de un vecino o en cualquier lugar. Y de la misma manera, al azar, generalmente en los cruces de los caminos, sin ningún plan u orden preestablecidos construyen las escuelas, las iglesias y los mercados. Será en estos cruces en que se formarán posteriormente las ciudades de configuración más o menos irregular.

Tampoco el poder, más o menos difuso, más o menos disperso es

²Ob. cit., p. 362.

ejercido en un lugar fijo o en una ciudad determinada. El gobierno, si así puede llamársele, descansaba en una especie de grupo de autoridades esparcidas a lo largo de la amplia comunidad de granjas y de algunos caseríos.

La familia estaba restringida exclusivamente a los padres y a los hijos, cosa explicable por la situación económica y principalmente por la lucha con la naturaleza. Cada miembro conocía sus deberes. El padre no necesitaba dar órdenes a sus hijos acerca de la labor que se había de realizar. El trabajo es asunto de todos y de cada uno en acción coordinada sin que haya empero gran comunicación entre ellos, lo que parece ser una manifestación de independencia y de respeto de la independencia de los demás. A pesar de que estos aspectos culturales han desaparecido, quedan ciertos rastros en la región comprendida entre New Jersey y los Rockies.

La ciudad —como se dijo— comienza a formarse en los cruces de los caminos. Y el camino pasa a ser la calle principal (Main Street). A sus lados aparecerá el comercio, se instalarán las bibliotecas, surgirán los talleres y los sitios de diversión. Es en estas ciudades donde aparecerá un hecho desconocido hasta ese entonces en los Estados Unidos de Norteamérica: la bienvenida al extranjero, al individuo que recién llega.

Es en torno a estas principales formas culturales y sociales que la realidad social norteamericana actual comienza a constituirse. Pero mientras el sur y el norte mantuvieron y aun mantienen algunos caracteres de la herencia cultural europea, el centro originará en una mezcla extraña y renovada la clase media con sus moldes típicamente norteamericanos. Sin embargo no se debe suponer que el norte y el sur no hayan contribuido a este proceso y que, en cierto modo, no hayan sido alcanzados por él.

Las continuas y constantes inmigraciones europeas y asiáticas, casi siempre de las clases medias, van aportando nuevos contingentes que se agregan a los individuos que ya se encontraban en la nación y producen diversas tensiones y diferentes efectos sociales. Todos vienen animados del propósito de encontrar lugares donde establecerse y aparece así una especie de afán de conquistar el espacio, de adentrarse en la naturaleza bravía. A las inmigraciones que vienen desde fuera se suman las migraciones internas. Y es probablemente la tensión entre las nuevas generaciones y las antiguas, entre los hombres que ya poseen bienes y los que aspiran a tener algo, entre los que llegan y los que ya están, lo que dará origen a los continuos movi-

mientos del pueblo. En estos desplazamientos surgen muchos de los modelos que habrán de fisonomizar el espíritu norteamericano³.

Pero esta movilidad, por sí sola, no es suficiente para explicar la formación de dichos caracteres. Hay que tomar en consideración otro factor: la naturaleza con su clima y su fauna. Es en la interrelación que el hombre ha de ir estableciendo con la naturaleza, en función de su capital sociocultural, en el cual surgen varios de los rasgos propios de los grupos.

Las migraciones, sumadas a la conquista del medio natural hacen surgir aspectos bien diferenciados que apuntan, primariamente, a la constitución familiar y al individualismo. Si en los países de origen el tipo familiar era el de las largas parentelas o familias grandes, aquí, en los Estados Unidos de Norteamérica surge la pequeña familia y aun el hombre que vive solo, carácter este último que, por sí mismo, no significa propiamente individualismo. Este aparece como una consecuencia del hecho de que cada persona ha de hacer las cosas ella misma. Debe prepararse sus alimentos, levantar su casa, educarse y trabajar, construir sus utensilios y luchar por su subsistencia. Tal individualismo trae aparejado el perfilarse del hombre de acción, del hombre de empresa, del enseñar haciendo. Pero el individualismo, en cuanto es acción, establece además una integración del hombre en la nación. Ha sido ésta la que le ha brindado la oportunidad de actuar, de progresar, de superarse. En este sentido, el individuo al actuar, se siente integrado al grupo funcionalmente aun cuando no se complementa en forma normativa.

Individualismo y familia no se oponen. Por el contrario. En cada núcleo familiar los padres luchan por sobrevivir y triunfar. Así el niño no sólo se desarrolla alejado del control inmediato de los padres, sino que además va forjando en su mente la idea de la independencia individual. Y en cuanto alcanza determinada edad abandonará el grupo familiar para formar su propia familia y construir su vida económica independientemente. Ante él el espacio se ofrece amplio y hay que conquistarlo. Y las generaciones se van sucediendo dentro de este molde hasta alcanzar nuestros tiempos.

El otro aspecto está relacionado con la vida económica y con el apego al lugar en que se naciera. El ir a conquistar la naturaleza, el trasladarse a regiones lejanas significó que el hombre tuvo que llegar

³Este punto de vista es sostenido por la Dra. Joncich en su curso "Social Foundation of Education", dicta-

do en colaboración con los Dres. Mezirow y Fischer, en la Universidad de California, Berkeley.

a la convicción de que no podía llevar todo consigo. Que la mayoría de las cosas debían ser abandonadas, porque carecían de valor y de importancia durante el viaje.

Acaso ello haya originado en un proceso de racionalización la gran significación del dinero, del dólar. Lo que se puede llevar, lo que sirve en los lindes de la nación es el dinero. Y entonces lo importante es "hacer" dinero, juntar dólares, único objeto que no entorpecerá ni la marcha, ni la conquista del espacio geográfico y que posee la ventaja de que con él se puede adquirir todo aquello que ha de reemplazar las cosas que se abandonaron.

También la naturaleza que se ofrece como lugar de residencia es transitoria. La perspectiva de un mejoramiento económico hace que el individuo no desarrolle un sentimiento de lealtad, de permanencia para con el terruño que le vio nacer o que le acogió. Más allá está el campo mejor, la mina por descubrir, el ganado que se ha de criar. Atrás quedan los padres o los que ya han forjado su situación.

Las consecuencias son importantes y se van manifestando paulatinamente en el crecimiento de la industria. Especialmente la industria del transporte que tiene, en un comienzo, una trayectoria dura, azarosa y preñada de dificultades.

Otro efecto, poco subrayado, se hace sentir en la filosofía, en la concepción de la vida. Individualismo, migración, lucha con la naturaleza, factores económicos desarrollan lo que se podría denominar una filosofía de la acción, esto es, un pragmatismo. Y no puede sorprender entonces que pensadores como Dewey y James sean genuinos representantes del movimiento pragmático. Da la impresión de que en un comienzo y a través de un largo período la acción y el esfuerzo, la vida de trabajo y de lucha hubiesen ahogado el interés intelectual, la significación de las bellas artes y la preocupación científica y que solamente lo práctico hubiese constituido la atmósfera que infundía vigor y sentido al vivir; y que, finalmente, la tarea de los pensadores no fuese otra que la de establecer los principios últimos que justificasen esta manera de ser y descubrir los valores que se aspiran a realizar. Sin embargo esta etapa comienza a ser superada. Es como que si, alcanzado el dominio de lo práctico, hubiese de darse luz verde a lo que primeramente se desechó, pero sin que ello signifique un abandono de lo pragmático.

El impacto de la técnica y la consiguiente etapa de desarrollo industrial y comercial va a significar una acentuación de la familia pequeña, del individualismo y de la migración. El mejoramiento de los transportes, unido al establecimiento de diversificadas explotacio-

nes industriales abre nuevas metas económicas para el individuo y renovados incentivos para abandonar lo que se posee. Pero agrega un nuevo factor: la formación de las ciudades industriales (mill towns y factory city).

Entre los años 1880 y 1910 la técnica va a hacer impacto en las ciudades del norte transformándolas en ciudades de manufactura, primero, y en industriales, después. Es la nueva ciudad industrial, nacida en Inglaterra, que aparece y que va a servir de transición a la superciudad. Su gestación se inicia en Massachusetts, Pittsburghs y Birmingham.

Los primeros cambios sociales que se advierten están relacionados con una distribución del espacio que reproduce exactamente la estratificación social. Lo que antes fue el camino o calle principal pasa a ser el espacio ocupado por las fábricas, el barrio de los obreros y el lugar donde viven los inmigrantes. Alrededor de este centro se sitúa la clase media. El grupo más acomodado forma una tercera banda que se asienta en la parte más alta y más alejada. Las viviendas reflejan las diferencias de clase. El centro de reunión es el sector comercial (downtown) que se encuentra rodeando a la estación de los ferrocarriles. Toda la vida de la comunidad se regula ahora por los pitazos de las fábricas que marcan el flujo y reflujo de la gente trabajadora y las horas de apertura y de cierre del comercio.

Las guerras mundiales en las cuales los Estados Unidos de Norteamérica participa, pero que el pueblo no conoce, ponen en marcha acelerada dos procesos diferentes, pero que tienden a dar plena expresión a una sociedad de masas. Son el incremento extraordinario del desarrollo técnico y científico y la lucha del negro por obtener igualdad de nivel con el blanco en lo que se refiere a derechos civiles y status social.

Al avance de la técnica y de las ciencias corresponde una transformación de la comunidad y de los moldes sociales⁴. Es el automóvil el que acortará las distancias y, como consecuencia, ya no será necesario comprar o adquirir lo que se necesita en el centro comercial o downtown. Lentamente surgen los mercados en todas partes y aun en las orillas de las autopistas. Poco a poco se va formando una vasta red de comunicaciones que permitirá la comunicación masiva entre

⁴Dentro de ciertos límites se ha seguido el punto de vista sostenido por el Dr. Solon T. Kimball en su curso "Anthropology and Education", dic-

tado en el Teachers College de la Universidad de Columbia en New York.

los suburbios y el centro o los centros de la ciudad. Proliferan diversas agrupaciones integradas por personas de niveles sociales semejantes y aparecen los grupos de los administradores o managers. Paulatina-mente la ciudad industrial pierde importancia y tiende a desaparecer o a transformarse o aun a ser absorbida por la nueva ciudad.

En el presente se perfilan dos tipos de ciudades. Una que, como Los Angeles, está constituida por diversos barrios industriales y suburbios, pero entrelazados por las autopistas y, el otro, que, como New York —ciudades del este— muestra una especie de compensación entre lo que es industrial, comercial y residencial.

Sin embargo, entre ambos tipos de ciudades hay una semejanza enorme. Ambos representan una especie de rueda gigantesca con diversos centros en los cuales gravita la vida y que constituyen el núcleo mismo de la ciudad. Cada una de estas ciudades es una comunidad que se prolonga desde sus centros hasta la periferia a una distancia de hora a hora y media en automóvil. El núcleo establece en forma radial la comunicación por medio de las estaciones de televisión y radiotransmisiones, los diarios, los ferrocarriles, sean aéreos o subterráneos y una red enorme de autobuses.

En estas supermetrópolis, las autoridades que tienen que ver con los suministros de servicios, con el cuidado de la seguridad del tránsito en los caminos, con la administración de los parques, etc., están en vías de transformar su sistema. Se advierte, al respecto, que en los distritos hay la tendencia a separarse de la administración central y, por otra parte, ésta busca por todos los medios evitar esta separación.

En la periferia de estas gigantescas ruedas empiezan a levantarse nuevos supermercados y nuevos suburbios para la gente que, por lo general, solamente va a dormir allí.

Este nuevo tipo de ciudad, aun en desarrollo, no constituye un todo uniforme y homogéneo. Por el contrario, es un gran mosaico en el que se despliegan las segregaciones de edad, las clases sociales, los grupos étnicos y las diversas agrupaciones sociales. No obstante no son ni la forma o el tipo de construcción, ni propiamente la localización los signos que revelen dichas diferencias. Y aun cuando se advierte el deseo de muchos norteamericanos de alejarse de la ciudad y de residir en lugares en los cuales el nivel social sea homogéneo, tal intención no cristaliza de manera que pudiera estimarse como significativa. Como en toda sociedad de masas hay semejanzas que atraen la atención del observador. Así las construcciones presentan características comunes; los modelos de vida son parecidos, y hay igualdad en lo que concierne a la alimentación y a las maneras de

comunicarse. Por eso no es extraño ver en Berkeley o en Oakland, en San Francisco o en New York, en Seattle o en Washington al blanco y al negro realizando en el mismo día las mismas cosas, sean en deportes, en recreación o en trabajos domésticos.

Parece que la aparición de lo superciudad coincide con el fenómeno de la sociedad de masas y con una nueva organización que ha sido llamada de superestructura. Numerosas empresas distintas que pueden incluir hasta las granjas agrícolas constituyen unidades interdependientes en que todas y cada una dependen de las restantes y de la totalidad de la organización. Ejemplo característico es el de la producción de alimentos. Estas superestructuras exigen la presencia de nuevos tipos de profesionales que han de administrar y dirigir su vida económica. Es a la educación a la cual se le pide la formación de estos profesionales.

Pero no son sólo la economía y el comercio los que vuelven sus miradas hacia la educación exigiéndole la preparación de personal idóneo, sino que lo son también la industria, la agricultura y las diversas reparticiones del estado. El empleo casi ilimitado de la electricidad y de la energía atómica, el uso cada vez más necesario de la cibernética, de los cerebros electrónicos y de la automatización, las demandas crecientes del esfuerzo bélico han determinado que las universidades y los establecimientos de educación superior —muchos de ellos por encargo de proyectos financiados por el gobierno— realicen investigaciones del más alto nivel científico y que deban proveer a la especialización de la juventud en profesiones desconocidas hasta hace poco.

Ciencia y técnica estrechamente unidas, en que la primera se desarrolla fundamentalmente en las universidades y en que la segunda encuentra su centro de investigación en los laboratorios de los institutos de enseñanza superior como también en aquellos de muchas industrias, influyen poderosamente sobre las direcciones que toma la evolución social. Las masas se van canalizando en torno a ciertos aspectos bien delineados como lo son, por ejemplo, el comercio, la industria, el desarrollo militar y la educación misma. Por otra parte hay la necesidad de buscar los mejores elementos dondequiera que se encuentran. De esta manera ha surgido un sistema de clases abierto en que se destaca el gran desarrollo de las así llamadas clases medias. Desde luego, este sistema es abierto sólo hasta cierto punto, por cuanto el negro no puede aspirar a alcanzar los mismos niveles y el mismo status que el blanco.

Cabe señalar que seguramente por esta misma razón la educación

es ahora universal y liberal. Su organización es institucionalizada y su fin tiende a hacer alcanzar a los alumnos el dominio de los sistemas simbólicos que constituyen las diversas ciencias y técnicas. Este dominio apunta más y más hacia una especialización que está determinada por la evolución misma de la ciencia y de la técnica. Sin embargo, hay también una vuelta a mirar lo general, lo humanístico, como un deseo de buscar un justo equilibrio para una especialización exagerada.

Si bien es cierto que la sociedad global norteamericana tiende a ser un sistema abierto y que la educación es universal y liberal, no puede desconocerse el hecho de que ello es solamente válido para el blanco. Los modelos de discriminación racial creados por el blanco y que no descansan sobre ninguna base racional han creado una oposición que no puede ser salvada simplemente por la dictación de la ley de los derechos civiles. El cambio habrá de ser más profundo y afectar definitivamente a las erróneas concepciones de la mentalidad del hombre blanco. Todas estas concepciones o modelos de discriminación parecen descansar en la creencia de una supuesta superioridad étnica del blanco sobre el negro. Anotamos sólo algunos que pueden explicar las peligrosas tensiones existentes.

Sobresalen, a nuestro entender, principalmente tres. La primera es la limitación de posibilidades de matrimonios mixtos (en algunos estados del sur hay prohibición total) y de ocasiones de reunión de los dos grupos étnicos. La segunda está relacionada con lo político. Hay numerosas disposiciones que limitan o prohíben el derecho de voto. Finalmente están las odiosas limitaciones legales (prohibido para negros) que indirectamente han insidido en lo económico, por cuanto los negros se han mantenido, en gran número, en la pobreza.

Estos modelos han repercutido en la educación. El negro —como ya se advirtiera— no ha dispuesto de las mismas facilidades y posibilidades de los blancos. La consecuencia social no se hizo esperar. La formación de las élites, fueran ellas políticas, administrativas, tecnológicas y educacionales quedaron vedadas para el hombre de color.

La respuesta del negro a estas medidas especialmente acentuadas en el sur fueron primeramente las migraciones hacia el norte y hacia el oeste. Fue después de la Segunda Guerra Mundial que el negro poco menos que invadió el oeste. En segundo término, empezó a interesarse más y más por la educación, especialmente por la educación técnica. Otra respuesta importante ha sido la unión de los negros y su determinación de ganarse los favores de los dos grandes partidos políticos, los demócratas y los republicanos. Han recurrido tam-

bién a la lucha económica. Como constituyen una gran cantidad de consumidores suelen abstenerse de adquirir ciertos productos, produciendo de este modo difíciles problemas económicos. Y finalmente se está abriendo paso la lucha directa y manifiesta contra los segregacionistas y aun contra todos los blancos.

En resumen, puede afirmarse que muchos de los hechos que señaláramos en este bosquejo, como ser la importancia del automóvil, la multiplicación de los caminos, el deseo de adquirir nuevos productos, la formación de la familia más bien pequeña, la independencia del hijo a una edad relativamente temprana, la lucha del blanco y del negro encuentran una explicación en los rasgos culturales transplantedos a América, pero que evolucionaron de acuerdo con las necesidades del grupo. Que otros, como la aparición de las grandes ciudades, la estructuración de una sociedad de masas y la acentuación del individualismo descansan en estos factores, pero que responden también a los impactos del desarrollo de las ciencias y de la técnica. Puede afirmarse también, que los Estados Unidos de Norteamérica no han establecido todavía una cultura con perfiles propios y diferenciados, pero que va tendiendo paulatinamente a ello. En el momento es la expresión de un cambio, cuyas formas no se alcanzan a distinguir en el horizonte de lo social, de lo político y de lo económico.